



Año VI.—Número 4. 15 céntimos. Barcelona, 30 Enero, 1892.
Ayuntamiento de Madrid



LA SEMANA

Hay que nivelar los presupuestos.

Hay que economizar en todos los ramos de la Administración, hasta el punto de convertir los sudichos ramos en *bouquets* para el ojal y gracias.

Hay que moralizar nuestra Hacienda, que es esto y lo otro y lo de más allá.

Todos quieren lo mismo, todos piden lo mismo y en esta perfecta unanimidad de opiniones, nadie se entiende. ¿Qué Babel es esta?

Nadie duda que vamos á la bancarrota en tren expreso, que está próximo el curso forzoso de los billetes de banco y aun de los billetes de la Lotería, que las naciones extranjeras se echarán sobre nosotros y nos vencerán, no por la fuerza de las armas, que esa fuera honrosa manera de quedar vencidos, sino por gracia y obra de las *trampas*, como se vence á las fieras y se acorrala á los bichos.... pero se inicia la campaña redentora; antes de decretar economías dolorosas, se piensa en poner coto á los abusos, y ahí es el alborotar de los perjudica-

dos y el sacar á relucir la teoría de los «derechos adquiridos» como si la injusticia, el abuso y la mala fe pudieran ser base de derecho alguno.

Ante el anuncio de revisión de sus expedientes, las clases pasivas de Ultramar han demostrado una actividad que se dá de cachetes con la apática y sufrida significación de la palabra «pasivas».

—¿También á usted le coge el proyecto?—preguntaban á un retirado.

—De medio á medio, sí señor.

—Pero si usted no ha pasado el charco, ¿qué tiene usted que ver con la Caja de Ultramar?

—Le diré á usted; es que antes de entrar en quintas estuve de mancebo en una tienda de ultramarinos. Y aunque no tuve buen cuidado de hacer constar dicha circunstancia en mi hoja de servicios... ¡por eso!

—Me parten—decía otro—lo que es como me reduzcan la paga, me parten.

—Y ¿cómo es eso?

—Porque yo gracias á mis derechos pasivos, puedo pasearme, pero el día que me falte el retiro...

—¡Bahl se pasea usted por Recoletos, ¡todo es acostumbrarse!

Según parece, uno de los medios para cobrar por Ultramar era casarse con una de América.

Yo creo que de esta noticia no debió enterarse ninguna agencia de matrimonios.

Porque de enterarse, el negocio salta a la vista.

La agencia proporciona esposas ultramarinas a todos los solteros que cobran del presupuesto y al poco tiempo se redondea la agencia, se acaba el celibato... y se acaba también el tesoro público.

Tengo un amigo militar que ha aplazado su boda hasta ver si echan o no abajo la ganguita esa.

—Pero hombre —le decía,— aunque todo sea ¿serás capaz de abandonar a tu novia y casarte con otra?

—No me comprendes—repuso él:—es que mi novia quiere que me case con frac y así pienso hacerlo, pero si la ley me da esas ventajas, ya no me pongo de etiqueta.

—¿No?

—De ningún modo; ¡me casaré con americanal

Lo cierto es que semejante disposición no puede ser más «principio de siglo».

—¿Sabe usted?— me decía uno de los interesados,— como las mujeres

de por allá llevan fama de manirrotas y de poco dispuestas para el trabajo, los gobiernos dieron esas ventajas a los maridos, en la seguridad de que, aun así y todo, no habían de fundar misa de once.

Nunca agradecerán bastante las chicas de Cuba lo que hicieron los gobiernos de España por encontrarles marido.

—Yo—refería un caballero—era músico mayor y estaba al frente de una charanga de cazadores en Santiago de Cuba; me casé con una chica de la Habana y, pensando en los derechos pasivos, volví a la península, alegando que mi mujer estaba mala y necesitaba reponerse.

—Y ¿eso le dijo usted al capitán general?

—No, pero algo equivalente; le dije que me era preciso volver a España para «componer una habanera».

Estos y otros «derechos adquiridos» son, como vé el lector, tan sagrados y respetables, que el cielo debería hundirse sobre la pecadora cabeza del ministro que piensa en atacarlos.

Por fortuna, conspicuos personajes han salido a la defensa de esas clases atropelladas, uniéndose en apretada pifia los retirados y los mandados retirar.

—La revisión de expedientes proyectada, dejará de hacerse,—¡pues no faltaría otra cosa!—se legislará con mucha dureza para lo futuro y los individuos amenazados recibirán la buena nueva con un júbilo tan grande que parezca una jubilación.

Al ver malogradosu intento, aprenderá el ministro a saber con quien se mete y tendrá que reconocer que ¡aun hay clase! (pasivas).

Después de todo, lo importante es atacar el mal de raíz porque lo demás es música.

En el ejército por ejemplo, el daño no lo hace ese Estado Mayor general (tan general que todo lo llena), ni esa fortificación ni aquel armamento; los que gastan ¡ya lo dice la palabra! son los

gastadores.

Suprímase la escuadra de ellos correspondiente a cada batallón y ya está el déficit en vías de enjugarse.

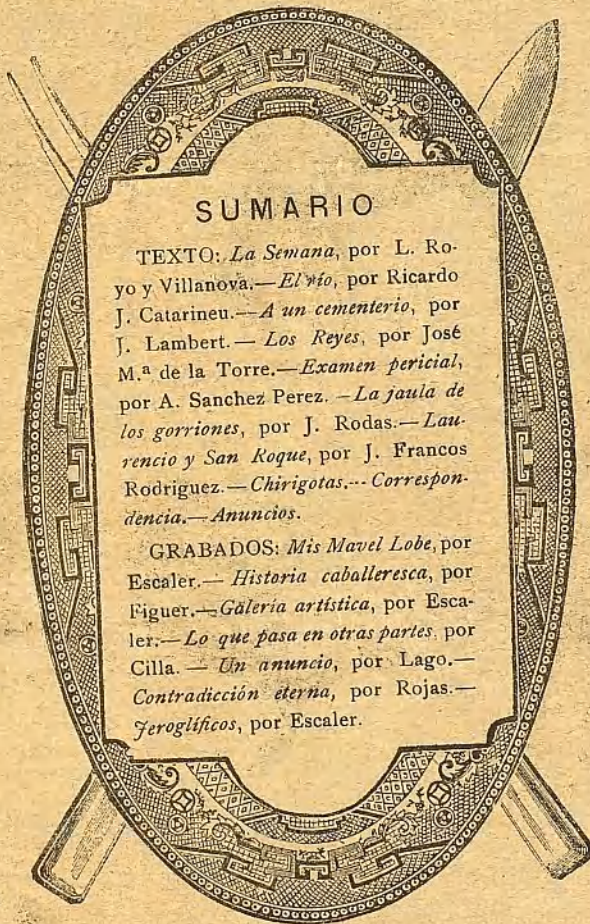
¿Es preciso gravar también el presupuesto de culto y clero? Pues se suprimen todos los curas que no sean *ecónomos*.

O se hacen economías ó no se hacen.

En Gobernación, deben suprimirse los gastos secretos porque parecen indicar dolencias de igual clase.

En Hacienda, ya pueden ir quitando cajeros de las delegaciones. ¡Para lo que tienen que guardar!

En Fomento ¡duro a las universidades! que



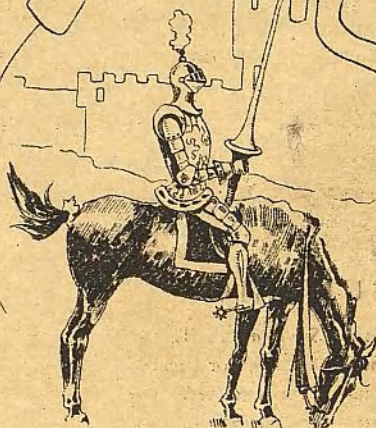
SUMARIO

TEXTO: *La Semana*, por L. Ro-yo y Villanova.—*El río*, por Ricardo J. Catarineu.—*A un cementerio*, por J. Lambert.—*Los Reyes*, por José M.^a de la Torre.—*Examen pericial*, por A. Sanchez Perez.—*La jaula de los gorriones*, por J. Rodas.—*Laurencio y San Roque*, por J. Francos Rodriguez.—*Chirigotas*,... *Correspondencia*.—*Anuncios*.

GRABADOS: *Mis Mavel Lobe*, por Escaler.—*Historia caballerescas*, por Figuer.—*Galería artística*, por Escaler.—*Lo que pasa en otras partes*, por Cilla.—*Un anuncio*, por Lago.—*Contradicción eterna*, por Rojas.—*Feroglíficos*, por Escaler.

HISTORIA DE LA BALLESCA

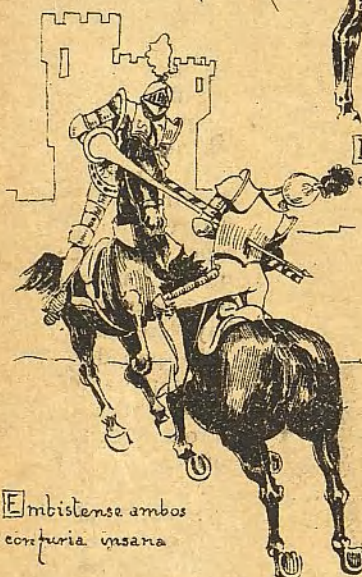
A. Figuer



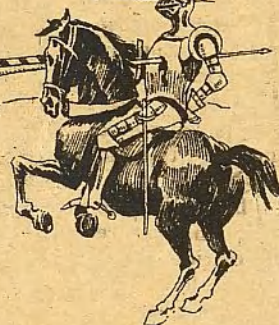
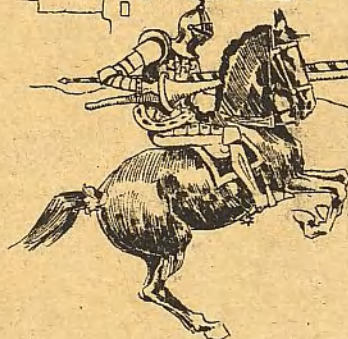
Mal herido de amores, llora sus culpas
el caballero de la blanca celada



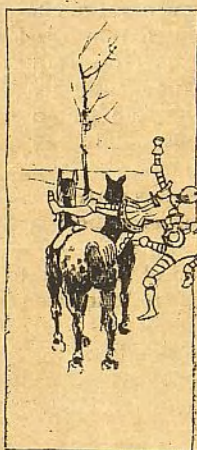
Quando he aquí que al pasar un
sendero tropieza con su qfor
tunado rival, el señor de la
negra cimera.



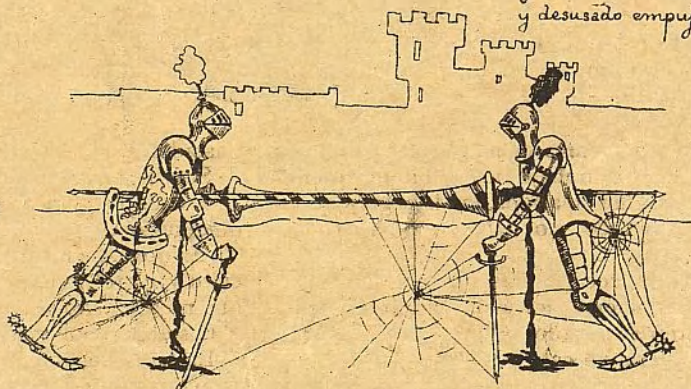
Embistense ambos
con furia insana



y con tal ardimiento
y desusado empuje



que cayendo los dos de los
fágosos corceles



quedan unidos y enlazados por los siglos de los siglos,
el caballero de la blanca celada y el señor de la
negra cimera

GALERIA ARTISTICA, por Escaler.



COQUETERÍA.—AL SALIR DEL BAÑO.
(CUADRO DE MACKIENTZI).

de allí suelen salir los ministros de la corona.

Y así sucesivamente.

Nada de suprimir el Consejo de Estado, ni el Consejo Supremo ni el más pequeño de esos varios consejos con que cuenta nuestra bien aconsejada nación.

Por más que esta diga, como el calavera del cuento.

Dinero necesito, padre, que los consejos no me sacarán de ningún apuro.

LUIS ROYO VILLANOVA.

EL RIO

ó

FIATE DE LA VIRGEN...

El buen Tomás, un corazón sincero
y lleno sin cesar de amor profundo,
de los pocos del mundo

que jamás han dejado ni un segundo
de estar á treinta grados sobre cero,
era feliz, feliz inmensamente,

aunque la gente del lugar decía
que su novia María

estaba enamorada de Vicente...

¡Bah! ¡De sobra sabía

que ella le amaba furibundamente!

¡Cuántas veces en loco desvarío,
con su novia, Tomás, cantando amores
á la orilla del río,

dándose besos ó cogiendo flores,
él con pasión cuando ella con desvío,
entré un *mi corazón* y un *ángel mío*
olvidaban del mundo los dolores!

O estrujando á María contra el pecho

y acariciado por sus trenzas blondas,

Tomás la repetía satisfecho,

del río señalándole las ondas:

—Querrán los hombres impedirlo en vano;

nuestro amor, como el río, será eterno.

Bañaré los naranjos en invierno,

regará los rosales del verano,
y eternamente alegrará el paisaje
con sus espumas de tupido encaje.

Si lleva el río hácia la mar la suerte,
nuestra muerte es el mar que nos aguarda...—

Y María objetaba:—¿Nuestra muerte?—

añadiendo, más bajo:—¡Cuanto tarda!...—

Se separaban con amante beso,

y él después repetía en su embeleso:

—¡Luego dirá la gente

que ella esta enamorada de Vicente!—

Una tarde Tomás, cerca del río
halló á María, sueltos los cabellos

y sus ojos en lánguido extravío

arrojando satánicos destellos,

como mujer que pierde el albedrío.

La abrasó estrechamente,

y dijo:—¡No será! ¡No lo consiento!

¡No tengas ese loco pensamiento!

¿No sabes que te quiero inmensamente?—

Mientras ella, con fúria y con desvío,

de sus brazos soltóse ráudamente,

y al arrojarle al río

gritaba:—¡No es por tí!... ¡Si es por Vicente!—

RICARDO J. CATARINEU

A UN CEMENTERIO

(POESÍA FÚNEBRE)

¡Triste mansión de la muerte!
Que me perdones te pido
el mal gusto que he tenido
de venir un rato á verte.

No creas mero capricho
mi visita.... ¡Qué ha de ser!
Me he querido convencer
de una cosa que me han dicho.

Pues afirmáronme algunos
que todo termina aquí,
y en fin, que al llegar á tí
ya todos éramos *unos*....

«Aquí acaba la riqueza,
me dijeron, la lealtad,
el orgullo, la maldad
el valor y la nobleza,

y de esta balanza el fiel
jamás verás oscilante.

Solo existe una rasante
toda ella al mismo nivel.»

Y entonces, ya sin malicia
aunque con desconfianza,
al oír lo de la balanza
esclamé: ¿Habrá aquí justicia?

¿Serán verdad, serán ciertos
estos lógicos extremos?

¿Al fin y al cabo, seremos
todos igualmente.... *muertos*?

Y, aunque, por lo que he pensado,
tal como vivimos, basta
no hacernos justicia hasta
que Dios nos ha *ajusticiado*;

yo, del optimismo en pos,
vine aquí dispuesto á ser
un remedo de Voltaire
disfrazado de Pangloss....

¡Y al fijarme atentamente
en cuanto pude mirar
vine al cabo.... á sospechar
que me engañaba la gente!

De un paseo en el confin
llamó toda mi atención,
un soberbio panteón
junto á un sencillo jardín.

Y esculpido en ancha losa
«*Hit yacet*,—dice un letrero—
el opulento banquero
marqués, de.... no sé que cosa.»

Y sigue en muchos renglones,
cual solitarios capítulos,
senda colección de títulos
y de condecoraciones;

que en el siglo de las luces
será un importante asunto
saber que *existe*.... un difunto
que tuvo á cientos las cruces.

Pero en fin; seguí tranquilo
mi ruta, dejando atrás
sin mirarlos, muchos más
panteones por el estilo.

Y cuando ya iba creyendo que en el Camposanto todos eran con iguales modos tratados; y persuadiendo

me iba de que hoy no es ya la losa, más que un pretexto para decir: «Este fué esto, lo otro y lo de mas allá»

vi que enfrente mismo había un portal viejo, severo, y en su parte alta un letrero que FOSA COMÚN decía.

Entré corriendo, y de bruces caigo si voy continuando, pues andaba tropezando á cada paso con cruces.

¡Anónimas iniciales de los seres sin fortunal pues debajo de cada una moraban restos mortales.

Y, ni dispersos, ni juntos; ni un nombre, ni un leve indicio.....

Como quien dice: ¡el hospicio de los señores difuntos!

Al ver tanta cruz: —¡Canario, díjeme yo, estas no son como aquellas del panteón ¡quía! son cruces de Calvario.

Parece que han repartido con *igualdad* irrisoria un vagón de ellas la gloria y otro vagón el olvido.

Entre la risa y el llanto anduve incierto un segundo... ¡Aun hay *clases*, Veremundo! ¡y en el mismo Camposanto!

Ya ves, pues, ¡oh Cementerio! el camelo que me has dado.

Lo siento, porque has logrado ponerme un poquito serio

¡Todo acaba aquí! Pero eso no es óbice para que á quien poseyó *parné*

le permitan con exceso que un palacio se edifique en sitio de preferencia

¡quizá porque la inclemencia del tiempo le mortifique!....

¡Y ha de pasar por verdad que todo termina aquí?

¡Si aun después de muerta, en ti se ceba la vanidad!....

En resumen, hay que reirse de estos tiempos, francamente, ¡Esto se va! ¡Si actualmente casi da asco morirsel....

¡Adiós, pues, muerte *querida*! Juro, ¡oh muerte! por mi suerte que yo no he de verte, muerte.... en los días de mi vida.

Y solo decirte quiero pues no sabes con quien tratas ¡que tú.... ni á tiros me matas! y yo... ¡ni á tiros me muerdo!

J. LAMBERT.

LOS REYES

Dejó Purita la cama vistiéndose en un instante. Con un zapato de menos y á medio abrochar el traje, sueltos los rizados de oro, llevando en su faz de ángel pintadas las ilusiones que encierran seis navidades, corrió á la sala vecina, llegó al balcón, jadeante hizo terribles esfuerzos con sus manecitas suaves, y al fin crugió la madera y vió por fin los cristales cubiertos de fría escarcha surcada por gotas grandes....

Quitó su dedito el vaho, miró á través, empujándose...

y con la boquita abierta contempló hasta desojarse el lecho de finas pajas que puso la noche antes.

¡Mamá! — ¡Mamita! Ven pronto

¡Mamita! Ven pronto y abre, que me han dejado los Reyes una muñeca muy grandel

Y Purita, dando brincos, cayéndose y levantándose, dirigióse al comedor en donde estaban sus padres.

Halló tan solo al Papá cuyo ceñudo semblante dejó suspensa á la niña sin acertar á explicarse.

Después con su voz de tórtola dijo, riendo y mirándole:

—¿Porqué estás triste, papá? Porque quieres regañarme? ¿No te han dejado los reyes ninguna cosa?

—¡Y muy grandel!

—¿Los reyes?

—¡Si tall! ¡Los reyes!!

—¿A ver? ¿Quieres enseñarme?...

—Esto, nena.

—Es un papel con letras! ¿Qué dice?

—Trae.

Y el padre leyó en voz alta: «Su Magestad, que Dios guarde, se sirve con esta fecha declarar á usted cesante.»

José M.^a DE LA TORRE.

EXAMEN PERICIAL... (HASTA CIERTO PUNTO)

MONÓLOGO

—Aquí está... y me parece que no está; lo tengo en mi mano, y se me figura que no lo tengo; me pertenece, y creo que no me pertenece... ¡Me ha ocurrido en tan contadas ocasiones esto de cobrar juntas *cincuenta pesetas*!

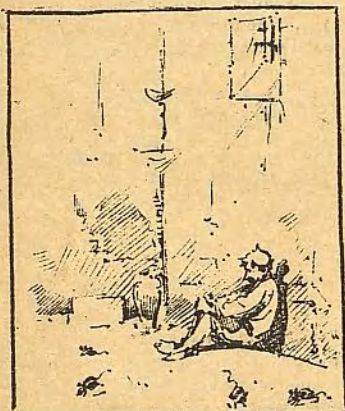
Es inverosímil que un papelito así, tan pequeño, valga tantas pesetas. He oído decir que los hay de más valor, y que circulan por alguna parte billetes hasta de mil pesetas... Mentira, por supuesto; hablan por hablar y para burlarse de los pobres.

En fin; sea como fuere, ¿á qué pensar en esas cosas? Háyalos ó no los haya, billetes de esa categoría nunca han de bajar hasta mí. ¡Digo, pues no es nada lo que me ha costado adquirir éstel No, no dirán los padres de mis discípulos que se lo he estafado... ¡Tres meses de lección diaria! Sin perdonar los días festivos. Salir de mi sotabanco de la calle de Don Pedro, y *hala, hala, hala*, un pie tras otro, hasta el barrio de la Prosperidad, y una vez allí, dale que dale y machaca que machaca para meter en la mollera

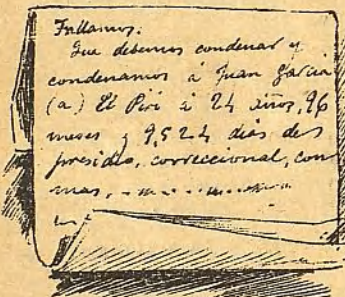
LA SEMA COMICA
LO QUE PASA EN ORAS PARTES, por Cilla.



Van Vds. á ver lo que pasa cuando el objeto robado es este.



En la cárcel.



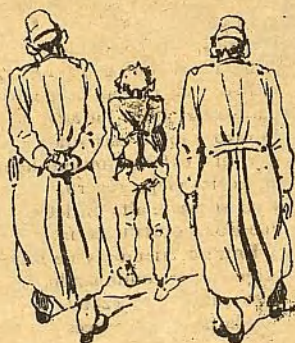
La sentencia.



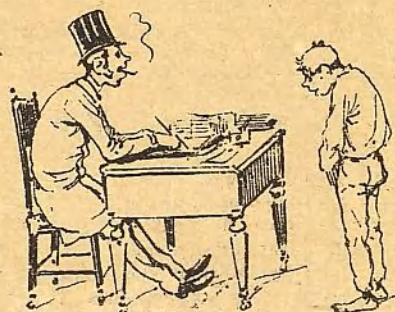
El acusado al salir de la cárcel.



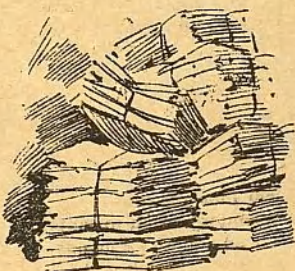
—¡Granuja! ¡pillo! ¡ladrón! ¡indecente! ¡Date preso!



Camino de la cárcel.



Las declaraciones.



Los autos.



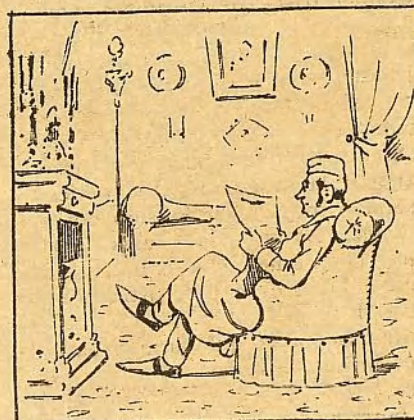
El acusado al entrar en la cárcel.



El acusado después de salir de la cárcel.



Vean Vds. ahora lo que sucede cuando lo irregularizado es esto.



En la cárcel



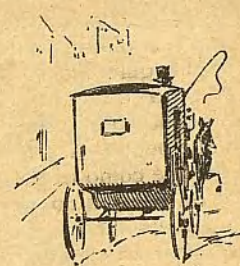
La sentencia.



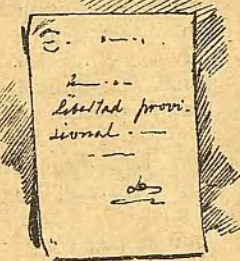
El acusado al salir de la cárcel.



—..... por lo cual, y en cumplimiento de una obligación penosísima, me veo precisado á rogar á V. E. que se tome la molestia de seguirme.



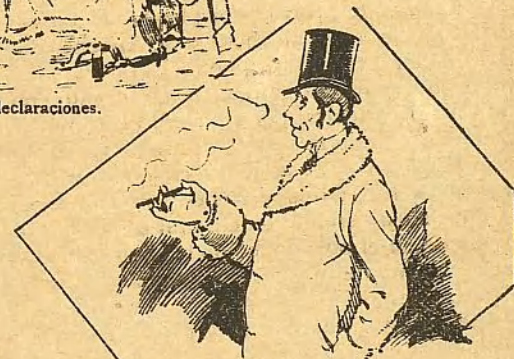
Camino de la cárcel.



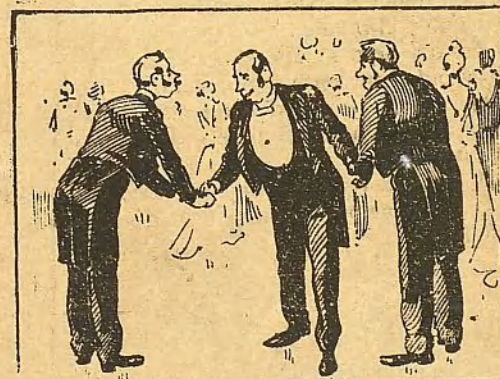
Los autos.



Las declaraciones.



El acusado al entrar en la cárcel.



El acusado después de salir de la cárcel.

de mi alumno, más torpe y más bruto que un guardacantón, las primeras reglas de la aritmética y algunas nociones de gramática. El chico no ha aprendido una palabra, por de contado; pero eso no quita para que mi trabajo haya sido rudo, y al fin, el hecho es que los jueces lo han aprobado en el exámen de primeras letras, con lo que puede ya matricularse en el Instituto... Yo no sé cómo ni por qué le han aprobado, eso es otra cosa; ni comprendo lo que ese tagarote va á adelantar en la segunda enseñanza; pero esto no es ya cuenta mía. Mis tareas han concluido hoy, y el padre de la criatura, al despedirme, dándome las gracias por mis desvelos durante este trimestre, me puso en la mano este billetito de diez duros.

Si bien se mira, no está mal pagado... Viene á salir á tres duros mensuales... y uno que sobra, de propina. Resulta á dos reales y dos décimas de real cada lección de dos horas. Me parece muy suficiente... porque de que yo viviera lejos no tiene el discípulo la culpa; nadie me impedía, luego que me salió tan brillante proporción, mudarme á las inmediaciones de este barrio.

Ahora se presenta un problema mucho más difícil que el de enseñar las cuatro reglas á ese bodoque. La aplicación que voy á dar á estos doscientos reales. ¡Tengo que pagar tantas cosas! Y necesito comprar tantas otras! Pero es el caso que si pago no compro, y si compro no pago... Nada: no voy á saber qué decidir. Sólo faltaba que el billete saliera falso... Entonces sí que terminaban todas mis dudas: ni pagaba, ni compraba, ni nada... y me moría de repente.

Y, como poder, ¡vaya si puede ser falso el billete! ¡Como que hay muchos falsos! Anoche mismo lo leí en un periódico; no hice gran caso del aviso, porque yo no esperaba tener trato con esta clase de papeles; pero recuerdo bien que el periódico especificaba muy circunstanciadamente las señales por las que era fácil conocer cuáles billetes son falsos y cuáles son legítimos. Pero ¡calla! ¡si debo de tener aquí el periódico! Lo guardé en el bolsillo, como lo hago todas las noches, á fin de envolver el almuerzo al día siguiente. Veamos; sí, justamente, aquí lo tengo; arrugadillo está, y ajado, y con manchas; pero ya se podrá leer lo que me interesa.

Voy á sentarme allí... en aquel banco algo apartado del paseo... donde, sin ser visto ni llamar la atención, pueda examinar despacio el periódico y el billete. Y si coinciden las señales con las que aquí se dan, vuelvo á casa del discípulo y pido otra clase de moneda.

¡Ajaja...! ya estoy perfectamente acomodado... Ahora á confrontar el billete y la descripción... Leamos:

«A primera vista, se nota lo tosco y grosero de la falsificación hecha por medio de la litografía.»

Vamos á ver... ¿estará esto hecho por medio de la litografía?... No lo sé... Si estuviese puesto al pie el nombre del establecimiento... A mí esto, por una parte, me parece grosero y tosco; pero, por otra, no me parece ni tosco ni grosero... La verdad es que eso de la tosquedad y de la grosería es tan vago... y muy relativo... Lo que para unos sea tosco, será para otros delicadísimo y...

Nada, que por estas señas no doy un paso... ni á primera vista, ni á segunda.

Sigo, pues...

«La estampación en negro de la figura de la izquierda, y la del retrato de Mendizábal en el anverso, es tan borrosa en los billetes falsos, que el más ligero examen basta para distinguir la falsedad.»

La figura de la izquierda aquí está; sí, señor; y el retrato de Mendizábal acá... Pero ¿están borrosas?... Yo no sé si esto es borroso ó si no es borroso... El billete está un poco arrugado y no muy limpio... Sí, sí... bastará el más ligero examen para distinguir la falsedad; pero yo, después de un examen muy detenido, sigo tan á oscuras como antes... Naturalmente, esas cosas serán facilísimas para quien esté habituado á manejar esta clase de aleluyas; pero ¿para mí?... Continúo leyendo:

«Las letras microscópicas que forman parte del fondo en el mismo anverso, así como las que hay en el ángulo superior de la derecha, aparecen tan borradas en el billete falso, que apenas se puede leer una palabra, estando muy claras y limpias en el legítimo.»

Señor... pero yo no veo esas letras, ni limpias, ni sucias, ni oscuras, ni claras... Y es claro. ¿cómo voy á verlas, si son microscópicas y yo apenas distingo el letrero donde dice «El Banco de España»?

Váyase muy enhorabuena el periódico. Estas indicaciones para nada me sirven... Si yo tuviese á mano otro billete... podría compararle con el mío, y si no advirtiese diferencia, podría tener la seguridad de que el mío era bueno... ó de que los dos eran falsos.

Yo no sé si diré alguna barbaridad, porque no estudié Economía, —aunque, por mi desgracia, la he practicado constantemente,—pero entiendo que la circulación del papel moneda, que al cabo y al fin es símbolo de la confianza que al público inspira un establecimiento de crédito, debía llevar aparejada la obligación *siempre* de pagar al portador de buena fe el valor del billete, legítimo ó falso, sin perjuicio de perseguir á los falsificadores y proceder severamente contra ellos una vez capturados. Porque, señor, ¿qué culpa tengo yo de que haya quien falsifique billetes... y de no haber poseído más que éste, no sé si bueno, ó malo, en toda mi vida?

Por la reproducción taquigráfica,
A. SANCHEZ PÉREZ.

LA JAULA DE LOS GORRIONES

En una jaula vivían
una porción de gorriones
y á todas horas tenían
entre ellos mil discusiones.

Para que todos cesasen
en sus riñas y altercados
acordaron se nombrasen
dos gorriones diputados;

los que de diversos modos
debían con seriedad,
establecer entre todos
la justicia y la equidad.

Convocaron á elecciones
y de distintos partidos,
¡más de catorce gorriones
quisieron ser elegidos!

Los más listos pronunciaban
discursos todos los días
para ver si así ganaban
generales simpatías.

Otros, algo más ladinos,
para que fueran votados,
prometían dar destinos,
si salían diputados.

Y dos de aquellos gorriones,
que no sabían hablar,
regalando cañamones
á los que iban á votar,
se ganaron la elección,
sin el menor alboroto,
pues no hubo un solo gorrion
que les negara su voto.

Y hoy los demás les alhagan
y ¡eso sí! no hay altercados....
¡porque todo se lo tragan
los gorriones diputados!

J. RODAO.

LAURENCIO Y SAN ROQUE

I

Pesaba sobre Urbesierva la más grande de las desgracias posibles. En el aire que envolvía la población, llenando sus lóbregas y sucias calles, sus estrechos y tristes hogares, flotaban gérmenes de muerte. La peste, al batir sus negras alas sobre aquel desventurado pueblo, iba arrancando existencias, y su paso dejaba por las vías de Urbesierva una estela de lágrimas y desventuras, como deja la nave en pos de sí, al hendir las ondas de la mar, una estela de espumas que parecen murmurar un adiós de despedida, dirigido á aquella mole que avanza ligera por la dilatada extensión del Océano.

Cesaron en Urbesierva los gozes y las alegrías, porque en aquel festín de la muerte sólo los sollozos debían resonar. Las gentes, poseídas de inmenso pavor, encerrábanse en sus casas, y el silencio de los sepulcros reinaba en la ciudad. De vez en cuando, oíanse suspiros y ayes que denunciaban una nueva víctima; eran aquellos lamentos como el grito de «hombre al agua» que resuena á bordo de un buque en marcha, cuando algún infeliz cae en el abismo que ha de darle al mismo tiempo muerte y sepultura. Más tarde, percibíase el áspero chirrido de las ruedas de un carro que, detenido en una casa el tiempo necesario para recoger un bulto blanco, continuaba su camino, conduciendo una nueva víctima destinada á saciar la terrible rapacidad de la peste.

Por las noches, las calles se iluminaban con grandes hogueras azufradas, que contribuían á dar aspecto tétrico á la población. Se alzaban en la oscuridad del espacio las elevadas torres como manos gigantescas en demanda de auxilio. El silencio continuaba, y su solemnidad y melancolía sólo eran interrumpidas por las notas tristes de los gritos de dolor ó por las ásperas y desagradables que producían las ruedas del carro de los muertos.

Pero en la sombra se batallaba contra la enfermedad. Cogidas del brazo la Caridad y la Ciencia, se batían contra el mortal enemigo, y á las veces arrancaban de las garras del mal

á un sér y ponían en los ojos, anublados por las lágrimas, esos chispazos de ventura que brotan de las pupilas cuando un grave enemigo se aleja.

Un soldado de aquel reducido ejército, que oponía sus armas al negro invasor luchando contra el mal, tuvo una idea feliz, engendrada en el conocimiento de los hechos y en la ciencia que poseía. Se retiró á su hogar, y en una de aquellas silenciosas y amedrentadas noches, en que estaban los espacios negros y negra también la tierra, de una ventana de cierta casa salían resplandores de luz. Era la luz que iluminaba el cuarto del doctor Laurencio, quien discurría acerca de los buenos efectos obtenidos por las primeras aplicaciones de su tratamiento, devorando en los libros nuevas razones que le afirmasen en su sistema.

Ya no estaba macilenta, sino sonrosada la fisonomía del doctor Laurencio, quien, lanzando un grito de alegría, exclamó:

—¡Venceremos al mal!...

La noche continuaba triste, el cielo nuboso; oscura y llena de silencio la ciudad, y en medio de aquellas sombras, parecía el resplandor escapado por la ventana del cuarto de Laurencio la luminosa pupila de la Ciencia escudriñando los sombríos abismos de lo desconocido.

II

¡Qué gran médico era Laurencio! Sus dotes, siempre notables, ácrecentáronse ante la epidemia. Desde el día en que comenzó á usar su tratamiento nuevo, el mal cedió en sus mortíferos efectos. Se vió por las casas al doctor insigne acompañado de sus colegas y buscando en sus reales al mal epidémico, contra el cual había encontrado remedio. ¡Qué fisonomías las de aquellos hombres de Ciencia!

El soldado pelea pensando en el día que volverá á su pueblo para estrechar las personas queridas y relatarles los accidentes de la campaña. El jefe piensa en la gloria del héroe, en los ascensos, en los víctores, en las coronas. El Médico, al curar, piensa sólo en el agradecimiento. Lucha del mismo modo junto al jergón tendido

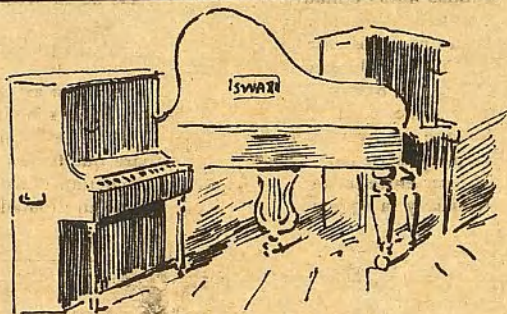
SE REGALA UN PIANO

de las anualidades 3.^a, 2.^a ó 1.^a—(La prensa de estos días).

nuevo y de la fábrica que se desee, al que le alquile por 3 años y 5 duros mensuales y solo dos años siendo usado. Se rebajarán 15, 10 ó 5 duros adelantando el pago



ó sea



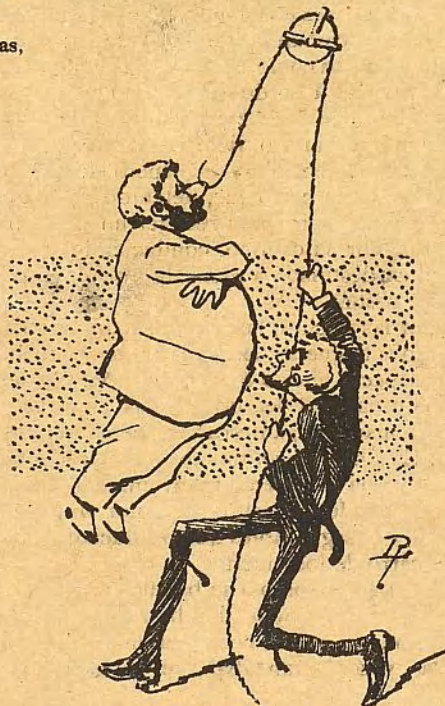
nuevo y de la fábrica que se desee,



al que suelte 900 pesetas,



se deje cortar las orejas



y colgar de las narices.

CONTRADICCION ETERNA, por Rojas.



Lo que se ansía y se desea en vano
cuando abrasan los fuegos del verano.



¡El sueño sempiterno
cuando llegan los hielos del invierno!

en el suelo, que al lado de la cama formada de finísimas maderas, enriquecidas con los gustos del arte. Los unos batallan con la sangre inflamada por el entusiasmo de una idea; los otros con la sangre helada por los lamentos y ayes de una familia que prevé grandes amarguras...

Laurencio sonreía, sonreía... En su espíritu se operaba una gran reacción. Las tristezas anteriores iban á trocarse en júbilo grande; por eso, al cruzar las calles de Urbesierva, ya no llevaba la cabeza hundida sobre el pecho, sino que su frente, levantada, parecía desafiar los peligros.

La enfermedad continuaba sus invasiones, pero las muertes no eran ni con mucho tan frecuentes. Las gentes comenzaron á circular por las calles; alguna voz fresca dejó oír los acordes dulces de tierno cantar. El entusiasmo de aquel pueblo iba reapareciendo al calor de un remedio heroico. Los médicos continuaban en su tarea noble, secundando el pensamiento del doctor Laurencio. Urbesierva volvía de su letargo, ocasionado por cruel ponzoña. Al silencio, que es muerte, siguió el ruido que es vida; á la quietud el movimiento, á los ayes las risas. Ya los chicos correteaban por las calles, iban los hombres á sus faenas, y las mujeres, dedicadas á sus labores, prestaban animación á los hogares. Hasta la luz del sol era más viva y más intensa; durante las noches no se notaban en la extensión azulada del espacio nubarrones tempestuosos, y el fulgor pálido de la luna y el brillante y tembloroso de las estrellas, al caer sobre la tierra, producían corrientes de suave placer.

III

Cierta noche, de las postreras de lucha, el doctor Laurencio se trasladó á su casa tranquilo y feliz. Veía el término de aquella peregrinación á través de un desierto de aficciones y congojas, y comenzaba á sentir el deseo del descanso. Entró en su habitación, y para respirar un momento el puro aire de la noche, se asomó á la ventana. Pensaba en lo que sus colegas le habían dicho por la tarde acerca de los preparativos que estaban haciendo para celebrar en su honor una gran sesión. Herida su modestia, se resistía á consentir en ello, y á cada paso murmuraba: «He cumplido con mi deber y nada más».

De pronto, notó en la calle algo extraño. Luces, cantos, animación, bullicio. Aguardó á que aquel grupo informe de puntos luminosos y de siluetas movibles se acercase más, y al fin comenzó el cortejo á desfilar delante de él. Sobre unas andas una imagen, y alrededor sacerdotes revestidos, y hombres, mujeres y niños del pueblo con hachas encendidas, entonando á coro plegaria fervorosa.

Laurencio no era creyente y no dobló sus rodillas. Avanzó sobre el alféizar para saborear

mejor el espectáculo extraño. El fulgor rojo de las hogueras daba aspecto de ascua brillante á aquel trozo de calle, y la frente de Laurencio, iluminada por la luz de abajo, tomó también color rojizo. La procesión fué pasando, pasando, y el doctor, agarrado al marco de la ventana, continuó en silencio. De pronto dió voces á un mozo del pueblo que en busca del cortejo iba, y le preguntó la razón de aquél acto.

—¡Tomal—le dijo—es para darle gracias á San Roque por haber detenido los estragos de la epidemia. El señor cura le rezó un día, y de pronto la enfermedad se fué conteniendo hasta desaparecer, y todos los vecinos van por eso cantando himnos al abogado de la peste.

Laurencio despidió al mozo y se retiró á su habitación. Hundida su frente entre las manos, meditó largo rato; surcaban sus mejillas abundantes lágrimas, y en su pensamiento reñían atroz refriega las más opuestas ideas.

Irguióse de pronto, lanzó una mirada á su alrededor y, dirigiéndose á los libros que le rodeaban, les dijo:—El triunfo es vuestro, sólo vuestro. Pero sus frases se mezclaron con los ecos de la plegaria dedicada á San Roque, que había arrancado de Urbesierva la más espantosa de las pestes, según expresión del mozo interrogado por el médico.

Toda la noche la pasó Laurencio murmurando:—¿Por qué, si el pueblo es grande y bueno, ha de ser á veces ingrato?

Allá, cerca del amanecer, rindióse el doctor, y al cerrar sus ojos abatidos por el sueño, murmuró estas palabras, sin duda al pueblo dirigido:—¡Bah, como los niños, peca de ingrato por ser inocente!

IV

Ya era Urbesierva la ciudad de siempre; volvió á la vida normal, y sólo quedaban de la enfermedad epidémica los comentarios que acerca de sus efectos hacían todos.

Dos vecinos se encontraron cierta mañana en una de las calles de la población, y después de los saludos consiguientes, dijo el uno:

—Voy á la iglesia para oír el *Te-Deum* que se entona en acción de gracias por haber cesado la peste.

Y el otro añadió:

—Yo voy á la sesión que los médicos celebran en honor de su compañero Laurencio, descubridor del tratamiento que tan buenos resultados ha producido.

Y los dos interlocutores partieron por lados distintos. Pero es fama que el uno salió de la iglesia indiferente, y el otro salió de la sesión con el pecho henchido de alegría y de entusiasmo.

J. FRANCOS RODRIGUEZ.

CHIRIGOTAS

*¡Qué inventos tan atrevidos!
¡qué cosas tan portentosas!
¡Siempre pasan estas cosas
en los Estados Unidos!*

Verán Vds. lo que, según algunos colegas locales, ha pasado allí:

«Un inglés riquísimo, llamado Jhon Seyland, se presentó hace un par de semanas en una peluquería de Nueva-York, y encontró al dueño del establecimiento tratando con interés un negocio con una joven muy guapa y muy graciosa, pero pobremente vestida.

La desgraciada ofrecía su magnífica cabellera por cinco pesos. Pero el peluquero no quería dar por ella más que dos y medio. La infeliz acabó por ceder con las lágrimas en los ojos, *(no, que sería en las narices)* cuando el inglés, avanzando hacia ella, le dijo que esperase un poco.

Se informó de los motivos que tenía para vender su pelo y supo que recurría á ese medio para ayudar á sus padres, que se encontraban en la mayor miseria.

Entonces el inglés sacó su cartera.

—¿Consiente usted en venderme su cabellera? Le ofrezco 2.000 duros—dijo á la muchacha.

Esta, sorprendida un momento, aceptó la oferta en seguida. El inglés entregó el dinero, le quitó cuidadosamente un solo pelo, lo colocó en su cartera y se marchó.

Fué un pelo bien vendido.»

Si, señor. Y *dos pelos* bien tomados.

Porque, ó aquí somos todos recién llegaditos de Vitigudino, ó hay en la noticia transcrita dos *tomaduras* de clase superior.

La del inglés, que *le tomó el pelo* á la joven...

¡Y la del respetable gacetillero que se lo ha tomado á los crédulos lectores!

Ahora.... sigamos leyendo:

«DOBLE PARRICIDIO.—Esta mañana se ha cometido un doble horroroso parricidio, seguido de suicidio, en el paseo de las Acacias, de Madrid.»

Y á seguida da cuenta del hecho, verdaderamente triste, de haber asesinado un hombre á su mujer y á su hija.

Bueno; pero eso no es *un doble parricidio*.

Esos son *dos parricidios*.

Porque, para que fuera doble, debía el padre haber matado á su hija.... y haberla luego vuelto á matar.

O haber asesinado á su mujer.... y haber vuelto luego á asesinarla.

Lo cual ¡no sé por qué se me antoja que no puede ser.

Sigamos leyendo:

«Teatro Tívoli.—Compañía de zarzuela y gran cuerpo de baile.—¡Éxito asombroso!—¡Nuevo filón!»

Ustedes querrán saber si lo que se anuncia así, es el beneficio de algún clown ó alguna droga de sacamuelas de plazuela.

Pues.... no es nada de eso.

Verán Vds. lo que es:

«El aplaudidísimo espectáculo *El país de la olla*, cuya obra fué causa el sábado y domingo tarde y noche que fué tomado por asalto este espacioso teatro (*¿Fué causa.... que fué?*) devolviéndose á cada función más de quinientas entradas; revisado y refundido nuevamente por su autor el señor Coll y Britapaja con un *tercer acto* que tan poderosamente llama la atención; toma parte la banda de señoritas cornetas, cuerpo de baile notablemente aumentado, comparsería caballos, etc. etc., y cuatro decoraciones del señor Urgellés figurando el campo de maniobras militares de Calaf, la catástrofe de Consuegra, el choque de trenes de Quintanilleja y una plazuela de Madrid.»

Así, como Vds. lo ven.

Todo ello para decir. «*El país de la olla*, obra de gran espectáculo en tres actos.»

Lo cual será menos *llamativo*, si Vds. quieren; pero es más conciso.... ¡y hasta más serio!

Conste que no es que yo sienta animadversión alguna hacia la empresa del Tívoli. Tengo en ella muy buenos amigos y no la deseo sino muchos llenos y muchísimas prosperidades.

No; no es eso.

Es que va pareciéndome ya abusivo y hasta repugnante este modo de anunciar.

Que.... ¡quizás me equivoque! se me antoja más propio de charlatanes de barracón, que de teatros serios y formales.

Y.... ¡á ti te lo digo, Tívoli; entiéndelo tú, Eldorado!

CORRESPONDENCIA

A. G.—Barcelona.—Lo siento ¡ay! pero son tan largos...

C. H.—Valladolid.—¡Anda, anda! ¡y yo que creía que *cómica y crónica* no podían estar sujetas á la dura ley de la consonancia!

Un admirador.—¿Colorines aquí? ¡No por mi vida! ¡Antes la muerte horrible del suicida!

Un gachó que diguela.—

¡Diálogo entre chulos? Pues no cuéla.

C. T.—Valencia.—No señor; no es tan accidental. ¡Qué ha de ser! Precisamente hace ya unos siglos que convivimos todos en que en las composiciones literarias, como en el coro de señoras *la buena forma es el todo*.

B. T.—Barcelona.—Pues... en que nosotros pagamos el texto y ellos no lo pagan. Y en que á nosotros nos cuestan las láminas más que á ellos les cuestan. Ahí está la diferencia. ¿Qué Vd. no la nota? Pues peor para nosotros... y para Vd.

Pepitín.—Bueno, pero es que las décimas de nueve versos solo pueden ser admitidas de un modo: saltándose la tapa de los sesos

cinco minutos después de haberlas admitido. ¡Porque hay vergüenzas á las que no se debe sobrevivir!

M. L. N.—Madrid.—Ya sabe Vd. que aquí se le aprecia. No obstante lo cual, el cuentecillo resulta flojo.

M. R.—Barcelona.—Lo contrario que el de Vd. Que viene á resultar fuerte, muy fuerte.

G. D. On.—¡Me escamol *¿Copiañti?*

Sres. J. G. P., *Piri Pecta*, D. C., *Un poeta mort de gana*, C. de P., *Yo mismo*, C. M. y *Un tranquil*. (Barcelona).—C. P. M., *Galeas*, E. V., *Galo Mañanecas*, C. C., *El Solitario*, M. M. *Fray Lumboso* y G. de P. (Madrid).—*Carmelo Herrero* y B. F. (Valencia).—M. S. (Jerez).—*Montecristo* (Sevilla).—*Chipé y ¡Quién será!* (Valladolid).—*Otro Mister Servah*.—*El chico de las de Siempre*.—*Camelo Lívido* y *Armando Guerra*.—No por servir. Y no tomen Vds. á mal que les conteste así, en montón. ¡Es que no hay tiempo ni sitio para otra cosa!

Imp. «La Ilustración», á c. de Fidel Giró, Paseo de San Juan, núm. 168.—Barcelona



(Las soluciones en el número próximo).



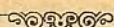
ANUNCIOS



LA SEMANA CÓMICA

PERIODICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores literatos
y los más celebrados dibujantes.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Barcelona.	Trimestre. 2'50 ptas.
Fuera.	Semestre. 5 »

● NÚMERO CORRIENTE: 15 CÉNTIMOS
NÚMERO ATRASADO: DOBLE PRECIO ●

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Vertrallans, 3, principal.—Barcelona.

Despacho: todos los días laborables de 2 á 4 tarde.

UNICA ENCARGADA

de la venta y expendición de

➤ LA SEMANA CÓMICA ◀
en Bilbao.

D.ª TERESA IRALA

KIOSCO DE LA PLAZA NUEVA

BIBLIOTECA

— de —

LA SEMANA COMICA



Se publicará pronto y contendrá novelas, poemas, etc., de los más reputados autores.

En prensa el tomo primero, ilustrado por Cilla, Escaler, Pons y Mechis.

PRECIO: 2 REALES TOMO